

LOS INDIOS NOANAMA DEL RIO TAPARAL

Por J. W. L. ROBINSON y A. R. BRIDGMAN

Introducción

Las investigaciones aquí descritas formaban parte del programa etnológico de la "Expedición Cantabriguesa al Valle del Calima, 1962". Los autores, conjuntamente con el botánico D. L. Hugh Jones, pasaron unas semanas entre el grupo de indios Noanamá que vive en el río Taparal, primer afluente occidental del río San Juan, arriba del pueblo negro de Palestina (Chocó).

La Expedición recibió ayuda considerable de muchas personas y entidades con las cuales estamos muy agradecidos. Aquí queremos solamente reconocer la asistencia inestimable del Servicio Nacional de Erradicación de la Malaria, cuyos jefes doctor J. A. Concha y Venegas, director general en Bogotá, y el doctor J. Acevedo Rojas, director regional en Buenaventura, nos prestaron una canoa motorizada para ayudarnos a realizar estas investigaciones en el Chocó. También queremos dar nuestros agradecimientos al señor Diego Luis Torres, motorista del SEM que nos acompañó, habiendo mostrado una paciencia admirable al cumplir todos nuestros deseos. Queremos también agradecer al doctor Oscar Escobar R. y al doctor Herbert Muckenthaler, quienes nos prestaron una finca en el Bajo Calima. Y finalmente queremos reconocer el interés y el entusiasmo demostrados hacia este proyecto por el Instituto Colombiano de Antropología, especialmente por el doctor G. Reichel-Dolmatoff.

La vida de los indios del Chocó ha sido descrita ampliamente por el doctor Reichel-Dolmatoff (1960), quien pasó algunos meses en la región habitada por los Noanamá y los Emberá, indios etnográficamente emparentados, cuya vida transcurre en las selvas relativamente alejadas del contacto con la civilización. Al contrario, el grupo de los Noanamá que está viviendo en el río Taparal, está bastante cerca del terminal de la carretera de Buenaventura. Por consiguiente, su vida y su cultura están influenciadas por

los contactos con los negros vecinos que viven en el Chocó y también con los negros y blancos de linaje español que se encuentran en Buenaventura, ciudad que suelen visitar relativamente a menudo (hasta dos veces por año). En este artículo nos proponemos comparar las diferencias halladas entre estos indios más mundanos del Taparal y los descritos por Reichel-Dolmatoff, antes que reiterar los muchos aspectos de la cultura ya descritos por él.

Cultura material

Había 14 casas en el río Taparal en agosto de 1962, además de una que se encontraba en un pequeño afluente del río principal. Aunque una de estas casas estaba inhabitada, había una población alrededor de 125 personas en la comunidad, entre las cuales la mitad era de niños y jóvenes. Fue difícil enumerar la población porque todos los días suelen pasarlos de visita entre los miembros de las diferentes casas o dedicarlos también a recibir visitas de parientes procedentes de otras comunidades, especialmente del pueblo indígena de Cabeceras, situado entre Palestina y la desembocadura del río San Juan. Por lo general, varias familias viven juntas; a veces las familias que participan de la casa no son parientes, cosa que nos parecía rara. Nos encontramos con que varias familias se habían mudado hasta el Taparal dentro del último año; por lo menos tres o cuatro familias enteras habían llegado del río Cucurupí. Sin duda este movimiento de la población impide demasiado matrimonio entre parientes, lo cual es bueno para la salud de la comunidad.

Puesto que solía cambiar muy súbitamente el nivel del agua del río, las casas se construían en pequeños montes encima de las orillas pantanosas del río. Se edificaban sobre pilotes como seguro adicional contra la inundación, y a veces el monte era tan acantilado que la parte posterior de la choza se encontraba al mismo nivel que el suelo, aunque la parte anterior era construida de la manera habitual sobre sus pilotes. En un caso, había detrás un tablón horizontal que juntaba la casa con el monte, mientras se encontraba también la escalera normal delante de la casa. Esta escalera consistía en un tronco sobre el cual se han hecho muescas para subir a la casa. Generalmente se encuentra una sola escalera para cada casa.

En el Taparal algunas de las chozas tienen techos cónicos, mientras hay otras de forma rectangular. Se cree que era cónica

la forma indígena original del techo de los tambos, techo que está coronado por un ápice cerámico hemisférico, cuya parte superior se halla modelada en forma antropomórfica. Al parecer, tal ápice sirve solamente para impedir la entrada de la lluvia y no tiene ninguna significación religiosa. Ahora, los indígenas, especialmente los que viven en una región poblada por muchos negros, han imitado el estilo rectangular de los techos de los negros, el cual es más fácil de construir.

Los techos se construyen de hojas secas de palmera. Recogen las hojas del árbol, que se llama en la localidad "jicría", y las doblan en dos antes de secarlas. Cuando quedan secas, las enfilan en ramillas horizontales, que se juntan a los postes que forman los aleros del techo. De esta manera, al enfilirlas en cada segunda ramilla, obtienen un abrigo totalmente impermeable.

El interior de cada casa es casi igual. Las secciones de la casa se construyen a niveles escasamente distintos, separando así las varias actividades que tienen lugar en la choza. En una gran casa, hay áreas distintas para comer, para dormir, para cocinar y para trabajar, cada una de las cuales está a un nivel distinto. En las casas más pequeñas, se encuentran quizás solamente dos niveles, es decir, para cocinar y para todo el resto. A menudo se ven desvanes en las chozas para almacenar sus bienes, aunque carezcan de éstos las chozas más bajas. Se sube al desván por otra escalera mellada.

Anotamos que Gabriel, *jaibaná* principal del río, poseía dos grandes casas, cada una muy bien construida con techos cónicos. Vivía en su casa situada en el centro de la comunidad del Taparal, pero tenía otra en el San Juan, situada a pocos metros río abajo de la confluencia del Taparal. Al parecer no vivía jamás en esta última, y cuando estuvimos en el Taparal, su segunda casa carecía de muebles y artefactos. Algunas otras familias habían edificado pequeñas casitas, tal vez para la caza, alejadas de sus propios hogares, en donde guardaban sus armas, pero Gabriel era el único que tenía dos verdaderas casas. Quizás se le daba el prestigio debido a la opulencia de un *jaibaná* célebre, o por razón de que la necesitaba para trabajos shamanísticos.

Dentro de cada casa se encuentra una serie de objetos caseros, tallados por la familia misma. El estilo de cada uno de éstos es más o menos igual, aunque el artificio dependa de la habilidad del tallador. Guardan algunos objetos, tales como sus arcos y flechas o utensilios llanos de cocina de madera (cf. infra), colocándolos entre las hojas del techo. Hay pocos muebles

en las chozas: entre ellos se ven pequeñas sillas de madera dura ("mare" o castaño), (fig. 15) en las cuales suelen sentarse los hombres. Wassén (1935) escribió que estos objetos se empleaban casi exclusivamente como almohadas, pero no nos parece que este sea el caso entre estos indígenas. Pintan algunas de sus sillas con dibujos hechos de tinturas vegetales, tales como bija (*Bixa orellana* L.) o jagua (*Genipa americana* L.). Vimos algunas que se habían roto al envejecer, reparadas por los indígenas con una faja de metal. Emplean bateas de varios tamaños, a veces para guardar alimentos y a veces como hamacas para los niños. Algunas familias emplean pequeñas hamacas de tela mientras otras dejan a sus niños en una batea de madera suspendida por dos lianas.

Guardan sus alimentos en grandes cestas u ollas en el área de la cocina. Se encuentra en esta área el hogar mismo, que está rodeado por cuatro grandes troncos de árbol; soplan el fuego, para impedir que se apague, con unas sopladeras de vena hechas por las mujeres. Para obtener luz durante las noches, compran velas de cera a los negros. Las mujeres en efecto son muy buenas cesteras y fabrican cestas de muchas formas y tamaños para los alimentos y otros bienes así como para vender. Esta forma de trabajo está muy bien desarrollada en esta tribu: sus técnicas ya han sido plenamente descritas por Reichel-Dolmatoff (1960) y Wassén (1935), por lo tanto basta citar aquí pocas palabras. Por lo general, se ven dos técnicas distintas, llamadas por Reichel-Dolmatoff "técnica de asargado" y "tejido de mimbre". Parece que emplean lianas distintas para estas dos técnicas: para la técnica de "asargado", emplean una liana que llaman "potré", la cual dividen en mimbres que se dejan secar encima del fuego. Al dejarlos más o menos tiempo sobre el fuego, producen mimbres de colores diferentes que sirven para poder tejer cestas con dibujos. Para la otra técnica, emplean otras dos lianas que llaman "batamba" y "chocolatilla". Al dividir las, obtienen respectivamente mimbres de color de cervato y de color de chocolate. Una planta silvestre (*Arrabidaea chica* 4) hervida en el agua les provee de una tintura roja empleada para pintar también los mimbres de "batamba". Así pueden fabricar cestas de tres colores. Una vez vimos una cesta pintada de colores sintéticos obtenidos en Palestina, lo cual nos pareció muy raro.

También se ven en las chozas ollas de varios tamaños para guardar sus líquidos, tales como agua potable y chicha. Su bebida alcohólica más corriente, el biche (cf. infra), se guarda siempre en botellas de vidrio tapadas con un pedazo de tusa de maíz. Las

mujeres del Taparal no eran alfareras; todas las ollas procedían de otra comunidad de los Noanamá. Guardan su sal en una vasija especial de madera, colocada cerca del fuego para conservarla seca.

Fabrican sus esteras de tela de corteza, obtenida de una palmera [según Reichel-Dolmatoff, *Poulsenia armata* (Miq. Stand.)]. Golpean la fibra cruda sobre un tronco liso con una machaca mellada de madera dura (a menudo de "mare") para suavizarla. Después la lavan en el río y la secan. El material así obtenido es suave pero muy resistente, y es destinado a diferentes usos. Pequeños hilos se emplean para coser; una tela entera es utilizada como estera para dormir; y en otra tela envuelven sus bastones religiosos (cf. infra).

Entre otros utensilios de cocina, hallamos tazones hechos de la fruta seca de calabaza (*Crescente cujete* L.). En los tazones usados para la chicha, graban pequeños dibujos que pintan a veces con lapiceros obtenidos de los negros. Este arte es realizado por las mujeres y constituye quizás la única forma de arte ejercido por ellas. A veces la calabaza está perforada con pequeños huecos y se emplea como coladera durante la fabricación de la chicha o para tamizar el jugo de caña. El perforador es una máquina muy ingeniosa, que marcha al principio de la cuerda desmenuzante (fig. 14). El eje termina en un clavo afilado. Dos trozos de cuerda unidos en la parte superior del eje, son adheridos a una manija de madera, por un hueco en cuyo centro pasa el eje. Así, al torcer la manija, la cuerda puede enrollarse en el eje. Apoyándose en un volante de madera fijo al eje y la manija, permite girar al clavo, perforando así la calabaza. La máquina tiene unos 50 centímetros de longitud total. Cada casa posee algunas "caoingas" (fig. 10), cucharas para mezclar sus mazamoras de maíz. Estas "caoingas", hechas de chachajo (*Aniba perutilis* Memsl.), tienen una longitud de unos 75 cms., de los cuales unos 30 cms. forman la superficie llana para mezclar. La manga está tallada; cada muestra es casi de la misma forma, aunque no entendimos su razón. Entre otros instrumentos de cocina, hay soportes, sobre los cuales colocan el colador durante la ceremonia de la fabricación de la chicha. Consisten en un tablón de chachajo poco tallado con un gran hueco en el centro. También hay batidores para preparar el chocolate de cacao, parecidos a los empleados por los negros. Hay varios objetos empleados para destilar el biche (cf. infra); conchas marinas para llamar a los miembros de la familia cuando están lejos del hogar; y varias cosas de metal, obtenidas de los negros, tales como cuchillos, cucharas, tazas, etc.

Cada casa tiene un trapiche para exprimir el jugo de la caña, el cual está construido de dos grandes troncos de madera. Por lo general se encuentra dentro de la casa, aunque a veces permanece afuera. También existe en cada casa una máquina para moler carne, obtenida en el pueblo. Empero los indios emplean las máquinas para moler maíz antes de hacer la mazamorra o la chicha. Parece ser que este sistema haya seguido completamente los métodos primitivos descritos por Reichel-Dolmatoff (1960) entre los indios menos aculturados.

Desde luego, gente que se apoya grandemente en la navegación como medio de transporte, realiza con mucho cuidado la fabricación de sus canoas. Para ello emplean una madera que se llama "jigua negro" (una especie de *Nectandra*); ahuecan con una gubia, construida de la espada de un machete, el centro de un tronco enorme. Los canaletes, siempre de chachajo, son ablandados con un cepillo, que construyen al colocar una espada afilada de machete sujeta a dos trozos de madera. Algunos canaletes tienen dibujos sencillos pintados o tallados en el mango o en la pala. Los canaletes de los hombres tienen mangos largos, porque viajan siempre de pie, mientras los de las mujeres son mucho más cortos, porque se sientan para remar. Había un indígena en el Taparal, que prefería emplear una rama cortada de un árbol especialmente para empujar su canoa a la costumbre negra.

La caza y la pesca

Los Noanamá, indios principalmente agrícolas, son también hábiles cazadores y pescadores, bien con arcos y flechas, o bien con escopetas y perros de caza. Casi toda familia posee una escopeta viejísima, que obtuvo de los negros; compran sus perros en Buenaventura, animales éstos que tratan muy bien. En una choza vimos un gran arcón que servía como perrera. Un indígena era propietario de cuatro o cinco bellos perros de los cuales estaba muy orgulloso. Empero, muchos indios, especialmente los mayores, preferían cazar con sus arcos y flechas antes que con escopetas recientemente introducidas, mientras los jóvenes tenían que cazar con flechas cuando les faltaba pólvora. Esta se compra en Palestina; tienen que pagar 2 o 3 pesos por cada onza, que abastece solamente ocho tiros.

Por lo general, se encuentran tres distintas puntas de flecha. El mango, siempre igual, se hace de guache, que es una caña flexi-

ble. Se acumulan montones de caña brava (*Arundo donax* L.) encima del fuego, en donde se secan lentamente hasta que estén listos para su empleo. A la parte inferior de la caña, se introduce un pequeño trozo de madera dura, con una muesca para apoyar la cuerda del arco. A la parte superior del guache, se inserta una faja de madera (castaño, chonta, "mare", "meme", "mápina") a la cual se une la punta. La longitud de esta faja de madera es calculada cuidadosamente, puesto que depende de la longitud entera de la flecha, para que pueda volar correctamente. Así una flecha con mango de caña de 175 cms. necesita una faja de 35 cms. mientras que una con mango de 250 cms. tiene una faja de solamente 12 cms. Los tipos de punta dependen del uso de la flecha. Para cazar mamíferos, emplean puntas fuertes de acero con forma triangular, hechas de cualquier trozo de metal bien fraguado. Obtuvimos un ejemplo de una flecha de este tipo cuya punta no era de acero sino de madera dura (de la palmera "meme"). Tenía la gran ventaja de evitar el uso de acero, material que les falta mucho a los indios, ya que la madera dura de "meme" era adecuada, evitaba una conexión en la manufactura. Para pescar o cazar aves, prefieren flechas con dos o tres púas de acero, las cuales son clavos provistos de garfios afilados. El tercer tipo de punta de flecha se emplea para pasmar aves sin matarlas; la faja insertada a la parte superior de la flecha está tallada para terminar en forma hemisférica sin añadirse ninguna otra punta. Sus arcos son casi siempre de chonta [*Gulielma gasipaes* (HBK) Bailey], con cuerda de liana. Tienen una longitud de alrededor de 130 centímetros.

También fabrican varios tipos de lanza, al emplear a menudo la madera de guanábano (*Guarea trichiloides* L.), las cuales tienen una longitud de 250-400 cms. Tal vez tienen puntas de hierro triangulares, o a veces punta de dos, tres o cuatro púas, hechas de clavos garfiados. Encontramos una vez una punta de tres púas, siendo la púa central mucho más larga que las demás, lo cual les proporciona un instrumento mucho más cruel. Se junta la punta al mango con fibra y lo encolan con brea pintada sobre la fibra. Brea es la cera que obtienen de los nidos de abejas, la cual calientan y dejan solidificar en fajas resinosas. Antes de emplearla, recalientan la faja y dejan deslizar la cera líquida sobre la fibra, lo cual la refuerza mucho. Los Noanamá emplean la brea, además, para rellenar huecos en sus canoas viejas y para cubrir el interior de sus ollas cerámicas.

Emplean también lanzas más pequeñas y ligeras para pescar durante la noche, así como lámparas encima del agua para atraer los peces. Las construyen de madera de chonta y sus puntas son siempre pequeños clavos garfiados. Tienen a menudo una longitud de menos de 250 centímetros y son mucho más flexibles que las lanzas pesadas de caza.

Existía una familia que poseía una arpón (figs. 16/17) modelado al parecer al estilo usado por los negros para pescar en el mar, no obstante que los indios mismos pretendían que fuera su propio modelo. Consistía en un mango largo de guanábano, de longitud de más de 400 centímetros. En la extremidad superior, había un cono de madera plegable, que cabía exactamente sobre la extremidad cónica del mango. En el ápice del cono se encontraba una púa pesada y afilada en forma de "V" y el cono se juntaba al mango del arpón con un trozo de cuerda. Antes de emplearlo, se colocaba el cono sobre la extremidad del mango; después de que se había atrapado un gran pez, el cono con su púa se liberaba del mango, para extraerle del agua, evitando así al mango rígido soportar una tensión demasiado grande. El hallar esta arma en una casa bastante lejos del mar demuestra que solían los indios viajar largamente por el mar.

Suelen pescar también por los métodos siguientes: emplean grandes cestas con cebo, en forma de embudo, desde las cuales los pescados no pueden escapar. Los hombres poseen corchos de balsa con ganchos anexos a ellos; y las mujeres pescan cerca de las orillas de los ríos, empleando redes de fibra de palmera no lavada, que se hallan fijadas en forma ovalada por un trozo de liana; o a veces traen cestas gigantescas por el lodo del río. Algunas casas indígenas guardan una mesa de tijera en el río delante de la casa, sobre la cual dejan secar los pescados. Al parecer suelen comer los pescados frescos, secados o curados al humo.

Pocos indígenas usan bodoqueras para cazar; en el Taparal encontramos una muestra de bodoquera que no se empleó nunca. El dueño la había obtenido del río Docordó, al parecer, centro de la manufactura de tales armas. La rama de palmera se hiende en dos y se saca la corteza del interior, luego las dos mitades se reúnen envueltas en lianas y brea, y se añade a la extremidad una mira (véase Wassén 1957). Fabrican sus saetas de cualquier trozo de madera ligera cortada al tamaño y forma adecuados, saetas que están afiladas cuidadosamente. Envuelven el cabo romo con un fragmento de tela de corteza. Envenenan estas saetas con un líquido obtenido de la leche de un árbol [que se llama entre ellos

"Paquirachi", y científicamente, según Uribe y Mesey (1945) *ogcodeia ternstroemiflora* Mildbr]. Dejan hervir la leche al fuego lento durante algunas horas, antes de que esté lista para su empleo. Wassén (1935) describió que los indios del Bajo San Juan empleaban una mezcla de este veneno con otro que obtenían de la glándula de sudor de una especie de sapo (véase Wassén 1957) y Märki and Witkop (1963). Oscar, uno de los shamanes del Taparal, conocía el veneno de sapo, pero ¡no le gustaba ni el empleo ni la preparación! Llevan el veneno, cuando salen a cazar, en un pequeño frasco, en el cual pueden humedecerse las saetas inmediatamente antes de su empleo. Después de emplear saetas envenenadas de bodoquera, los indígenas suelen masticar miel o caña bajo la creencia de que así reparan los efectos de alguna gota cualquiera de veneno que puede haber entrado por casualidad en la boca. El veneno del árbol, descubierto y llevado a Europa en primer lugar por Nordenskiöld en 1927, fue estudiado intensamente por Santesson (1928, 1931, 1938), quien mostró su efecto cardíaco. Después, sus efectos fisiológicos fueron descritos más vivamente por Uribe y Mezey (1945) quienes demostraron que su principio activo se destruye en los intestinos. Se cree que este principio activo sea una glicósido, aunque no haya sido esclarecida su constitución química.

Se colocan a veces en la vecindad de las chozas indígenas unas trampas para pequeños animales tales como roedores. Su axioma es de un palo cayente, descargado cuando el animalito trague el anzuelo. Las mujeres hacen pequeñas trampas de vena para insectos, al dividir parcialmente una liana en mimbres. Para conservar estos mimbres en estado de matriz, usan un molde de madera, alrededor del cual pueden tejer otros mimbres separados. Al fin se parece a la forma de un cardo. Después de que han capturado un insecto, cierran la entrada de la trampa con una tusa de maíz, antes de dar el insecto tal vez a un pájaro manso dentro de la casa.

Cada indígena guarda entre las hojas del techo una colección de dientes de tatabro y otros trofeos de caza, como señal de su proeza. Reichel-Dolmatoff (1960) afirma que estos trofeos parecen ser talismanes para asegurar el éxito en la caza futura.

Adorno personal

Debido al clima húmedo, no llevan muchas ropas. Los hombres usan un taparrabo y a menudo una camisa. Parece ser que la camisa señala el poderío del dueño, y por lo tanto se ven pocos

sin su camisa. La mayoría de los hombres tienen una pequeña colección de camisas, entre las cuales hay algunas especiales que guardan en una caja particular con las demás regalías ceremoniales. Las mujeres se ponen solamente una falda sencilla de paño, obtenida de los negros. Cuando llevan a los bebés, se ponen un pedazo de paño adicional con el cual arropan al niño. Los hombres realizan su adorno personal con mucho cuidado: pintan sus cuerpos con bija o jagua (cf. supra.) y llevan anillos y orejeras, especialmente cuando salen para hacer visitas. Las orejeras son a veces muy sencillas (los niños jóvenes suelen llevar por ejemplo unas flores enfiladas en una ramita), pero para sus fiestas tienen unas muy complicadas. Un tipo bien conocido consiste en un palito suave en forma de un hongo en cuya cabeza se ha martillado un trozo de metal. También son comunes pendientes de media-lunas metálicas, debajo de las cuales cuelgan otras más pequeñas. Fabrican sus anillos al recortar el centro de las pequeñas monedas corrientes del país.

Tanto hombres como mujeres llevan ornamentos multicolores de cuentas de vidrio. Los mejores son sus gorros diseñados geométricamente con los colores blanco, amarillo, naranja, rojo, azul claro y azul oscuro. Una mujer tenía un collar que contenía cuentas negras habiendo sido el único caso que descubrimos. Oscar era dueño de un collar que consistía en una mezcla de cuentas de trozos de metal, que usaba en su calidad de novio. Una mujer me fabricó una pulsera de cuentas, empleando un molde de corteza sobre el cual podía enfilear las cuentas en un hilo.

Una cosa curiosa que nos llamó la atención fue la relacionada con sus visitas a Buenaventura. Como vivían cerca del terminal de la carretera, la mayoría de los hombres de este grupo visitaban la ciudad una vez por año (por lo menos), visita ésta que esperaban con anticipación y que les gustaba mucho. Según normas locales, tenían que llevar pantalones cuando iban a la ciudad, para evitar ser encarcelados. Por lo tanto, entre la comunidad del Taparal, se encontraban unos pares comunales de pantalones que podían ser empleados por cualquier indígena cuando hacía su visita anual a Buenaventura.

La chicha y el biche

Entre los indios Noanamá del río Taparal, el biche es la bebida alcohólica que se produce para el consumo diario. Se prepara la chicha solamente para las fiestas más importantes. No asisti-

mos nunca a esta preparación. Reichel-Dolmatoff (1960) ha descrito minuciosamente la preparación de la chicha y es probable que la preparen igualmente los indígenas del Taparal.

Parece que el biche es una bebida introducida por los negros vecinos y que a éstos se les haya imitado en la manera de prepararla, al emplear una destiladora improvisada. Dejan fermentar una mezcla sencilla de caña de azúcar y agua hasta que esté lista para destilarse. Después colocan este fermento en un calderón sobre el fuego, cubierto con una tapa larga de madera que tiene al centro un gran hueco por el cual puede pasar el vapor. Sobre esta tapa se pone un cilindro de cerámica con un hueco pequeño en la parte superior, y encima del cilindro colocan una vasija llena de agua fría, en cuya base se condensa el vapor al subir desde el calderón. Dentro del cilindro hay una plancha de madera, tallada en forma de una hoja con muescas colocadas como las ramificaciones de la hoja. Esta plancha se instala al pasar el tallo por el pequeño hueco en el lado del cilindro, de modo que las gotas del líquido, al condensarse en la vasija pueden caer en la plancha y dirigirse por las muescas. El tallo de la plancha se une a un tubo de guadua, por el cual llega el líquido a un recipiente. Cuando se emplea el aparato, las partes constitutivas se pegan con una goma preparada al hervir plátanos con agua, lo cual estabiliza el aparato e impide el escape del vapor. Se cambia a menudo el agua de la vasija ya que se adelanta rápidamente la destilación (véase figs. 9 y 11).

El comercio

Las relaciones entre los indígenas y los negros que viven en la vecindad parecen ser buenas. Había negocios regulares entre los dos grupos y aun a veces se veían negros que trabajaban juntos con los indios en sus campos. Además de alimentos y maderas costosas de la selva (cf. infra.), los indios venden solamente sus artículos de cestería (tales como las cestas mismas y sopladeras), fabricadas especialmente para el comercio. Se dice que se venden también las canoas indígenas, pero no vimos ningún ejemplo de esta forma de comercio. Al contrario, los indios tienen que obtener sal, fósforos, jabón, pólvora, lapiceros coloreados, velas y artículos de metal para la cocina (tales como cuchillos, cucharas, platos y tazas) de los pueblos negros a lo largo del San Juan. Además, compran en Buenaventura hachas, sierras, machetes, tela

para las faldas de las mujeres, máquinas para moler maíz (las que los civilizados emplean para la carne) (cf. supra), escopetas y perros.

Empero, los indios venden cantidades considerables de sus productos agrícolas a los negros, especialmente maíz, caña de azúcar, bananos, plátanos y a veces arroz y carne. Había un indígena que había capturado una guagua viva, la cual quiso vender viva a los negros, a quienes gusta tanto la piel como la carne. Reichel-Dolmatoff ha descrito plenamente su sistema agrícola y sus estaciones, por lo tanto no son necesarias aquí mayores observaciones. (Véase también Wassén, 1963). La otra actividad de la cual obtienen una gran parte de sus ingresos es la selvicultura, porque la selva circunvecina contiene varios árboles de valor, que cortan y venden a las agrupaciones negras de la serranía.

De acuerdo con todos los miembros de la comunidad, cada familia indígena es dueña de unas hectáreas de la selva alrededor del río en el cual vive dicha comunidad, las cuales pueden explotar según sus gustos. Por lo general, la familia posee una región de la selva en la vecindad inmediata de su casa, y también es dueña de algunas extensiones de tierra en los montes, a lo largo de algunos afluentes del río principal. Cuando se edifica una casa nueva, los demás miembros de la comunidad tienen que ceder una parte de la selva para que el nuevo residente pueda practicar la agricultura. La familia entonces tiene que decidir cómo habrá de cultivar la tierra. Algunas extensiones son limpiadas para sembrar las mieses, mientras que dejan crecer los árboles de valor en otras extensiones, para luego cortarlos y venderlos. Los indios del Taparal cultivaban los árboles de balsa (*Ochroma lagopus* Sw.), cuyos troncos, para ser comprados por los negros necesitan medir cinco metros y tener un cierto grosor, a cada uno de los cuales les ganaban dos pesos — precio ridículo — porque generalmente cada árbol suministra solamente dos troncos de la espesura requerida. Los indios son leñadores y hacheros hábiles y manejan sus implementos con maestría. Después de haber derribado el árbol, lo cortan en troncos de cinco metros y lo desnudan de su corteza, la que emplean, mientras está todavía grasiento, para dejar deslizar los troncos hacia el río. Cuando un indio trabaja solo en la selva, tal vez tiene que limpiar una gran área para voltear el tronco en el río, pero cuando hay varios trabajadores juntos, el emplear la corteza como punto de partida es mucho más rápido y conveniente. Luego que los troncos están en el agua, los hacen flotar hacia el río Taparal, mientras cantan y vitorean. Al llegar al Taparal,

amarran juntos varios troncos para hacer una almadía antes de realizar el viaje hasta la sierra.

Nos interesaba mucho observar las reacciones de los indígenas cuando comerciábamos con ellos. Hicimos lo posible por obtener muestreos que nos sirvieran para enterarnos de su cultura material, pero con dificultad porque las reacciones de los indios eran muy diferentes. Algunos, sobre todo los que vivían cerca de la confluencia con el San Juan, quienes tenían más contacto con los negros, procuraban siempre vender sus artículos a cambio de dinero. Sin embargo, su sentido del valor era muy distinto: los jóvenes que habían viajado mucho (por ejemplo hasta Panamá para comprar cuentas con destino a los gorros y las pulseras y que habían comprado a veces otros recuerdos del viaje, tales como la estera americana que vimos en un tambo) conocían mejor los precios de sus artículos. Al contrario, las familias que vivían lejos del San Juan salían poco y preferían cambiar sus artefactos por nuestros cuchillos, cucharas, ganchos de pesca, etc., para evitar así sus viajes a Palestina. Excluían sus cestas ya que siempre necesitaban dinero para las cestas, quizás porque solían venderlas en los pueblos negros y porque conocían los precios. Jamás sabían acerca de los precios de los objetos que queríamos para nuestras colecciones etnológicas; no conocían los valores de los objetos que les dábamos en cambio; pero podían disponer de ideas especiales para esta situación rara. A veces no estaban de acuerdo los varios miembros de la familia. Una vez, a juicio de sus hijos un viejo nos vendió su tambor demasiado barato y tuvimos que rectificar los cambios para dar satisfacción a los hijos. Por lo general, nos dimos cuenta de que las mujeres eran mejores negociantes. Varios objetos nuestros adquirirían un gran valor, porque el nuevo propietario gozaba de prestigio entre los demás miembros de la comunidad al obtenerlos. Por ejemplo, quizás el objeto más caro que les dimos fue una linterna de caucho que podían emplear para pescar durante la noche. Como no disponíamos sino de dos linternas para vender, los indios disputaron mucho para obtenerlas. Los que no lograron ganar una linterna obtuvieron camisas, que también les eran tan útiles como prestigiosas.

Nos interesaba saber cómo apreciaban los cigarrillos que les dábamos. No nos parecía que los indios comprasen cigarrillos, aunque los conocían evidentemente debido al contacto con los negros. Los niños comenzaban a fumar siendo muy jóvenes, y pedían cigarrillos cuando los ofrecíamos a los adultos. Les gustaba jugar a soplar el humo entre ellos. La mujer de Oscar poseía una pipa de

cerámica cuya fabricación era suya, según nos dijo. Cuando fumaba en este objeto único, sacaba el tabaco de los cigarrillos para ponerlo en la pipa.

Tenían un sentido magnífico del arte dramático. Sabían qué cosas nos interesaban, después de algunas visitas anteriores de etnólogos. Varias veces pasamos bastante tiempo en una choza mirando sus artefactos y después que menguaba el interés, y nos disponíamos a salir, de repente hallaban otros objetos, escondidos al fondo de la casa los que sabían bien que nos interesarían. De este modo, logramos ver los artículos más bonitos y típicos.

Aunque los indígenas suelen manejar las monedas corrientes del país cuando hacen sus negocios con los negros, o durante sus visitas a Buenaventura o Quibdó, no parece existir comercio entre ellos mismos. Se hospedan en las casas de unos y otros; no necesitan invitaciones para pasar la noche, ni para servirse de los alimentos en la casa, ni siquiera para cocer los alimentos del dueño de la casa. Se ayudan el uno al otro en los campos y en las selvas, gratuitamente al parecer, aunque anotamos que los amos de las familias no participan tanto de este sentido comunal. Quizás este buen sentido de la comunidad contribuya a ese tipo de filosofía que los revela siempre contentos y felices no obstante que las condiciones climáticas son muy hostiles.

El arte y el artificio

Parece que los indios se manifiestan como artífices más que en otras esferas. Trabajan muy pacientemente y con los utensilios primitivos que tienen que usar obtienen resultados excelentes. Por ejemplo, observamos a un hombre que fabricaba una nueva manija para su machete, la que para él resultó toda una perfección. Después de cortar exactamente la madera de castaño, con un clavo caliente aplicado a la madera obtuvo unos huecos, por los cuales colocó otros clavos, que correspondían a los huecos en el mango metálico del machete, y finalmente limó cuidadosamente las puntas de los clavos.

Como artistas se expresan principalmente mediante sus esculturas de madera. Conocen muy bien las propiedades de cada madera que emplean, máxime si ellos mismos la han recogido en la selva. En la mayoría de sus esculturas manifiestan sus creencias religiosas, las cuales han sido muy bien descritas por Reichel-Dolmatoff (1960). Aquí anotaremos algunas de las cosas bonitas que encontramos en las chozas indígenas del Taparal.

Los artículos más preciosos de su parafernalia ritual son sus bastones tallados, consistentes en largos trozos de madera dura coronados por una figura humana que representa su espíritu tutelar. Por lo general emplean una madera que se llama en la vecindad "mare"; aunque no pudimos identificarla, estamos en capacidad de señalar que tiene propiedades muy parecidas a la caoba. También obtuvimos una muestra tallada de la madera de una palmera que llaman "meme", la cual tiene un aspecto atractivamente manchado. A menudo ahuman la madera encima del fuego para colorearla en forma oscura, después de lo cual la frotan con un trozo de tela o la cepillan para darle un lustre muy fino. Normalmente el bastón tiene una longitud de 50-100 centímetros y la figura una de 10-20 centímetros. La figura típica de un hombre o mujer (los órganos sexuales se demuestran siempre en alto relieve) se halla de pie, las piernas dobladas, quizás con una abertura entre ellas, y los brazos también en relieve, a menudo doblados a través del pecho. La cara es generalmente plana y alargada, pero con una nariz puntiaguda y picuda. A pesar de esta uniformidad entre la mayoría de los indígenas, los mejores talladores pueden producir figuras muy originales, siendo éstas de altísima calidad. Hemos anotado algunos ejemplos de sapos tallados en el cuerpo de la figura, o sapos en el tallo del bastón; cierto hombre, Lino, quizás el mejor tallador del grupo, tallaba como especialidad arañas, bien en el cuerpo o bien en el tallo, ya con sapos o ya sin sapos adicionales. Dos muestras que hallamos eran totalmente distintas de todos los otros bastones que vimos o que ya han sido descritos en la literatura de la tribu. El primero tenía dos figuras abrazándose en una extremidad del bastón, dos sapos, uno sobre el espinazo del otro en el centro del bastón, y en la otra extremidad se encontraba una flecha tallada. Parecía representar dos indios copulantes y dos sapos copulantes, pero no pudimos enterarnos de su significación. El segundo ejemplo curioso consistió en dos figuras, un hombre y una mujer, espalda con espalda, en una extremidad únicamente se habían tallado las cabezas y los pechos y solamente el hombre tenía brazos. Sobre el tallo del bastón se encontraba un gran sapo y en la otra extremidad una flecha. Fue el único bastón que vimos que había sido pintado con anillos de jagua en el tallo del bastón y diseños curiosos en las figuras humanas.

Además de bastones antropomorfos tallan bastones zoomorfos, aunque descubrimos una muestra única de bastón en cuya extremidad se había tallado muy cuidadosamente una garra de puma. También suelen tallar flechas de varios tamaños de las maderas

duras. Emplean estas representaciones para armar sus espíritus tutelares durante una ceremonia destinada a desviar un espíritu hostil que está tal vez causando pena, enfermedad, o mala suerte (sea de caza, sea de cosechas) al dueño del espíritu tutelar. Aunque se tallen estas flechas con mucho cuidado, parece que se emplean solamente en una ceremonia especial después de la cual pierden sus poderes mágicos y no vuelven a usarse. Lo mismo ocurre con muchos entallados de los curanderos (*jaibanás*): antes de empezar una ceremonia de curación, un *jaibaná* tiene que tallarse unas tablas y figurinas planas para ayudarle a cumplir la curación. Vale la pena anotar que Gabriel, *jaibaná* principal del grupo del Taparal, era uno de los peores talladores del río. Para ayudarse en la talla de sus artefactos con dimensiones bastante correctas, se había conseguido una colección de reglas de medir. Las tablas y figurinas son usualmente de balsa o a veces de chachajo y se pintan sus diseños con bija y jagua o con lápices coloreados, rara vez con una mezcla de colores vegetales y sintéticos. Las figuras tienen en una o en ambas extremidades una cabeza estilizada, mientras las tablas consisten solamente en trozos planos de madera tallados en formas geométricas.

Cada indio suele tallar pequeñas figurinas de chachajo las cuales representan otros espíritus tutelares que se cuidan dentro de la casa. Se colocan siempre en un puesto visible en la casa (mientras que los bastones tallados están siempre escondidos, a menudo envueltos en una tela de corteza). Estas figurinas son muy sencillas y estilizadas, cuya talla les gusta mucho hacer a los indios, encontrándose entre ellos grandes talladores que pueden hacer figurinas muy bonitas.

También les gusta tallar juguetes para los niños y especialmente tallar animales para nosotros: La talla más interesante consiste en un caballo con caballero hecho por un viejo que vivía cerca del manantial del río y que por lo tanto no salía mucho de su hogar. Había realizado el viaje a Buenaventura muy pocas veces y habiendo visto un caballo durante uno de estos viajes lo talló como modelo muy estilizado y de memoria con resultado magnífico (Fig. 7). El mismo viejo había tallado un buque al estilo de las lanchas de motor que se ven en el San Juan — con cabina y hélice — también de memoria. Por otra parte se tallaban animales, tales como osos, sapos, cocodrillos, culebras o copias de sus objetos familiares, tales como “caoingas” (cf. supra), flechas y canoas. Les gustaba también decorar el interior de sus casas con

cruces, señal de aculturación que no tiene ninguna significación religiosa.

La escultura más curiosa consiste en el buque de aprendizaje de los *jaibanás* (fig. 5) el cual ha sido descrito por Wassén (1935) y Reichel-Dolmatoff (1960). Oscar fue dueño de uno de estos buques cuando aprendió el arte de *jaibaná* en el San Juan hace algunos años. El aprendiz tiene que tallar el buque, lleno de pequeñas figuras humanas armadas de escopetas o machetes, frente al cual el profesor le enseña el arte shamanístico.

La música y los bailes

En cuanto a su música, los Noanamá tocan flautas y caramillos, instrumentos éstos que tienen hasta seis huecos. Sus tambores tienen un diámetro de unos 30 centímetros, y pueden tener una o dos membranas. Nordenskiöld (1929) sugiere que los hombres tocan tambores con una membrana mientras que las mujeres solamente tocan tambores de dos membranas, cuestión que no parece corresponder al caso de Taparal, pues los hombres tocan el tambor de dos membranas durante sus bailes. También emplean un tambor enorme en forma de canoa, pintado en sus lados con diseños de jagua. Parece ser que se toque este instrumento solamente durante algunas fiestas especiales durante las cuales golpea el tocador el interior de la canoa con una manija sólida de madera dura que tiene un diámetro de algunos seis centímetros.

Una noche los indios nos mostraron algunos bailes regionales. En la choza en donde tuvo lugar la fiesta, se encontró solamente una flauta. La música consistió en la ejecución de la flauta acompañada por un tambor, mientras se causaron otros efectos de percusión improvisados con capadores metálicos, etc. El tambor se colocó en el brazo derecho del ejecutante que lo tocó golpeando en la membrana y en la madera con palos duros. El palo que se usó para tocar la membrana estaba cubierto con un trozo de tela. Con esta música, bailaron rumbas y otras danzas negras [véase Velásquez (1961)], que habían aprendido en los bares de Buenaventura para luego enseñarlas a sus esposas (debemos anotar aquí que las mujeres no van jamás a las grandes ciudades). Es importante anotar que Rómulo quien dirigió los bailes, quería que le prestásemos unos pantalones para estas danzas (para ser auténticas, necesitan vestidos de Buenaventura con destino a las danzas de Buenaventura). Más tarde, Rómulo se quitó los pantalones, se encar-

gó del tambor y dirigió a los demás en sus bailes indígenas, algunos de los cuales provenían de tribus vecinas. Tocó el tambor con sus manos y cantó monótonamente mientras los demás bailadores siguieron en coro. Los pasos eran sencillos así como la forma de los bailes, distinguiéndose poco el uno del otro. Tanto hombres como mujeres bailan separados, formando líneas o círculos entre ellos [véase también Moser y Tayler (1963)].

La religión y la magia.

Aunque los Noanamá creen en un Dios omnipotente, llamado Evandáma, que "vive en el cielo y nos habla por el trueno y el relámpago", no lo reverencian de tal forma que haga parte de su ritual diario. Al contrario sus creencias se concentran en los espíritus de los antepasados y de los animales de presa. En efecto, los de sus antepasados tienen el poder de protegerlos y los de los animales de presa, sus enemigos habituales, causan toda la pena que ocurre dentro de la comunidad, por ejemplo, enfermedades, muertes, malas cosechas, etc.

El *jaibaná* tiene la responsabilidad de ponerse en contacto con estos seres sobrenaturales, de pacificar los espíritus malignos, y de curar las enfermedades. Por lo general, se encuentran dos categorías de *jaibanás*: los que recurren a los espíritus empleando plantas alucinógenas (véase Reichel-Dolmatoff, 1960), Uscátegui (1961), y los que pueden entender y recetar el uso de plantas medicinales. En el Taparal encontramos dos *jaibanás*, uno de cada clase. Oscar, un curandero medicinal y Gabriel un shamán espiritual.

Gabriel tenía mucha fama, tanto entre los negros como entre los indígenas de la región del San Juan. Afortunadamente pudimos asistir una tarde a una ceremonia de curandería en la casa de Gabriel, cuyos pacientes, dos negros, sufrían de una enfermedad que se parecía mucho a la artritis. Se quedaron en el tambo de Gabriel durante las cuatro semanas que necesitaron para la cura. Tres ceremonias de curandería estaban proyectadas para las noches de los sábados. Se había convidado a unos buenos amigos del *jaibaná* para asistir a la cura. Desafortunadamente no estuvimos en el Taparal suficiente tiempo para ver los resultados del tratamiento, por el cual cada paciente tuvo que pagar doscientos pesos, incluido su alojamiento en la casa de Gabriel. Mientras que los negros

suelen pagar a los *jaibanás* en dinero, parece que los indios pagan con sus productos.

Cuando arribamos al tambo, las otras familias ya habían llegado; el interior de la choza se encontraba oscuro, con excepción de la luz de unas pequeñas velas en los rincones. Se había levantado una tolda de sábanas en un rincón para que la mujer y el hijo de uno de los pacientes pudiesen dormir. Se habían arrojado del tambo los perros de la familia, la escalera que daba acceso al tambo se había cubierto con una plancha y los arcos, flechas, escopetas y otras armas se habían dejado afuera. Era una ocasión propicia para pacificar los espíritus de los animales de presa, lo cual es más fácil cuando están afuera los instrumentos con los cuales se cazan. Los pacientes se sentaron aparte con Gabriel, quien no llevaba ningún adorno, ni siquiera una camisa para la ceremonia. Luego Oscar y Constanzo, servidores en la ceremonia, abrieron una botella de biche y dieron a Gabriel un trago que bebió de la taza comunal. Entonces se dio un trago a todos los que estaban presentes. El servidor llena la taza y la da al bebedor, quien tiene que beber todo a la vez.

Luego, Gabriel y sus pacientes se trasladaron al centro del suelo y se empezó allí la ceremonia cuando Gabriel frotó en el suelo una ramita frondosa de palmera para despertar a los espíritus. Los que causaban la enfermedad eran los espíritus malignos de sapo, tortuga y tatabro, para lo cual se necesitaba exorcizarlos durante la ceremonia. En primer lugar, Gabriel pidió a uno de sus pacientes que se quitase la camisa y que se acostase vientre abajo en una estera de tela de corteza, con unas figurinas y tablas a su lado, recientemente talladas. Entonces Gabriel escupió sobre su espalda y frotó para hacer penetrar la saliva. Repitió el proceso con el otro paciente, que estaba menos enfermo, y lo frotó solamente en las regiones dolorosas. Después de esta etapa, Gabriel empezó a cantar monótona y sonoramente. Luego preparó un brebaje de hierbas con el que frotó el cuerpo en los mismos sitios en donde anteriormente había escupido. El proceso completo duró unas dos horas. Entre cada etapa Gabriel recibió un trago de biche dado por Oscar o Constanzo. Durante la ceremonia los espectadores bebieron su biche con mucho gusto y no miraron de ningún modo la curación que se efectuaba [lo cual hace gran contraste con la descripción de Reichel-Dolmatoff (1960)]. Había mucho ruido, aun antes que empezaran a emborracharse con el biche. Aunque durante la curación sólo los hombres bebieron el biche, más tarde en la noche comenzaron a beber también las mujeres,

habiendo amanecido todos muy borrachos. Observamos que el biche les hacía dormir más que vomitar.

A pesar de que suelen decorar sus casas con cruces, parece que hayan asimilado muy poco el cristianismo. Una costumbre que les gusta es el bautismo de los niños ya descrito por Wassén (1935). Al parecer, este bautismo ofrece a los niños una protección contra los espíritus malignos de su propia religión antes que hacerlos miembros de la iglesia cristiana.

Aculturación

No obstante que Reichel-Dolmatoff (1960) encontró que los Emberá tenían la tendencia de alejarse del contacto con los negros o los blancos, observamos que el grupo Noanamá aquí descrito está integrándose despacio en la sociedad colombiana. Ya hemos anotado que las familias que viven más cerca de la confluencia con el San Juan son las más mundanas y más acostumbradas a los hábitos extranjeros. Los jóvenes hablan mejor el español (por lo general entre los indios del Chocó, los viejos hablan mucho mejor que los jóvenes); los talladores venden sus mercancías por dinero, y los miembros de la familia están orgullosos de tener nombre de familia, razón por la cual quieren ser conocidos por sus nombres completos a la manera negra.

A pesar de sus buenas relaciones con los negros, estos indígenas desaprueban mucho el mestizaje. Los Noanamá están orgullosos de su buena salud y de su físico fuerte, calidades de que gozan no obstante haber vivido muchos años en condiciones climáticas extremas. Ellos temen perder estas calidades por el mestizaje. Nos revelaron habilidades gimnásticas en las que mostraron fuertes músculos en sus pequeños cuerpos. Wassén (1935) anotó que antes de un matrimonio el padre de una novia tenía que combatir con su pretendido yerno. Nosotros no encontramos este caso, pero quizás estas cualidades físicas se deban a estas batallas. También parece que los indios desprecian la holgazanería de los negros. Con excepción de los días que siguen a una noche de fiesta de biche, cuando tienen que recuperarse, los indios son diligentes y trabajadores.

Hace pocos años que se estableció una escuela en Cabeceras, pueblo Noanamá entre Palestina y la desembocadura del San Juan. Esta escuela fue la primera para los indígenas del Chocó y su efecto ha sido quizás muy grande. Ya han empezado los indios del bajo Taparal a mandar a sus niños a la escuela y ahora quieren una

escuela propia en la desembocadura de su río, para evitar las dificultades del viaje a Cabeceras. En sus visitas a Buenaventura ya han aprendido las ventajas de la civilización y la educación, y los hombres del bajo Taparal saben que el gobierno en Bogotá tiene la responsabilidad de sus destinos (nos pidieron que visitásemos al Presidente para pedirle una escuela). Les inquieta a los indios que los negros "educados" tengan las ventajas de la ciudadanía total del país, mientras que ellos mismos son tratados como inferiores cuando visitan a Buenaventura. Creen que la educación en la escuela pueda cambiar esta discriminación racial.

Pero ni los del bajo Taparal que quieren aculturarse ni los del alto Taparal que no se preocupan tanto del problema de la educación tienen en cuenta que probablemente la educación e integración pueda causar la desintegración y la pérdida de su cultura. En este caso, perderán las ventajas de su propia cultura, es decir la felicidad y la independencia, las pericias, la imaginación y la inteligencia indígenas.

Así hay grupos como éstos descritos por Reichel-Dolmatoff (1960), y quizás algunos del alto Taparal que se obstinan en alejarse de la civilización. Los hay también del bajo Taparal y probablemente de otros grupos que tienen mucho contacto con los negros, que quieren aculturarse y llegar a ser educados.

La integración parcial de estos grupos aborígenes puede ser factible y practicable, no obstante las dificultades extremas que presenta el territorio donde viven, toda vez que dos comunidades indígenas pueden evolucionar paralelamente: la una educada y la otra en su estado salvaje. Los miembros de ambas comunidades bien pueden establecer relaciones mutuas, dejándoles a su libre albedrío el aceptar o rechazar las ventajas o desventajas de la civilización.

INDICE DE LAS FOTOGRAFIAS

Lámina 1.

1. Cerámica colocada en el ápice cónico de una casa.
2. Indígena vestido para ir de visita.
3. Hachero indígena cortando un árbol.
4. Tambo indígena de techo cónico.

Lámina 2.

5. Buque de aprendizaje del "jaibaná" Oscar.
6. Bastón tallado con dos figuras antropomorfas y dos sapos.
7. Caballo con su jinete, tallado en madera por un viejo noanamá.

Lámina 3.

8. Aparato para tamizar la chicha.
9. Partes constitutivas de la destiladora; de izquierda a derecha: tapa del calderón, tubo de guadua, cilindro de cerámica, "plancha" en forma de hoja y vasija para el agua fría.
10. "Caoinga", batidor de líquidos.
11. Aparato para destilar el biche.
12. Culebra tallada y pintada.

Lámina 4.

13. Niño noanamá en su cuna de fibra de corteza.
14. Perforador.
15. Banqueta de madera.
16. Arpón con la púa desmontada.
17. Arpón con la púa colocada, listo para su empleo.

Lámina 5.

18. Bastón tallado con dos cuentas de vidrio que simulan los ojos.
19. Bastón tallado: tiene una araña representada en el pecho.
20. Bastón tallado de madera de palmera "meme".
21. Bastón tallado: figura con un sapo en el pecho.
22. Bastón tallado con figura antropomorfa.
23. Bastón tallado zoomorfo, en forma de garra de puma.
24. Bastón tallado con una figura de sapo.
25. Bastón tallado con dos figuras antropomorfas y dos sapos.
26. Bastón tallado con dos figuras antropomorfas y dos sapos.
27. Bastón tallado con figuras antropomorfas y sapos.



1



2



3



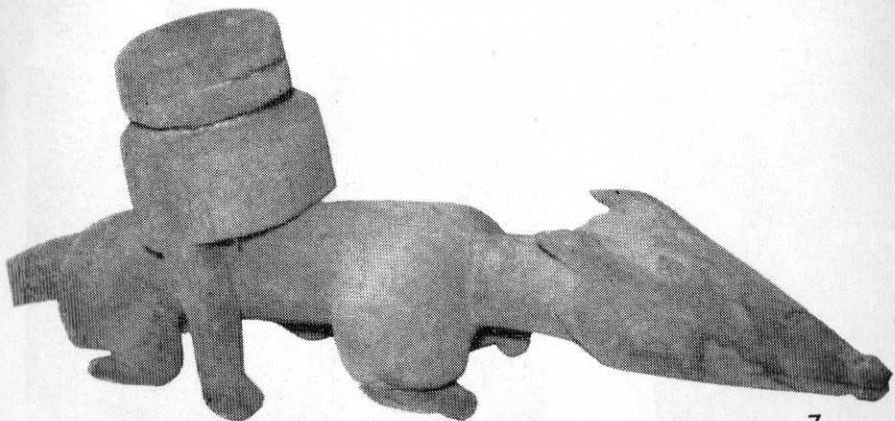
4



5



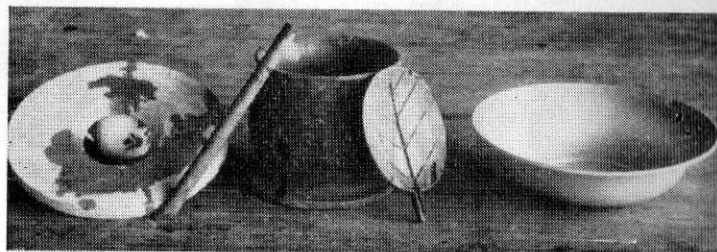
6



7



8

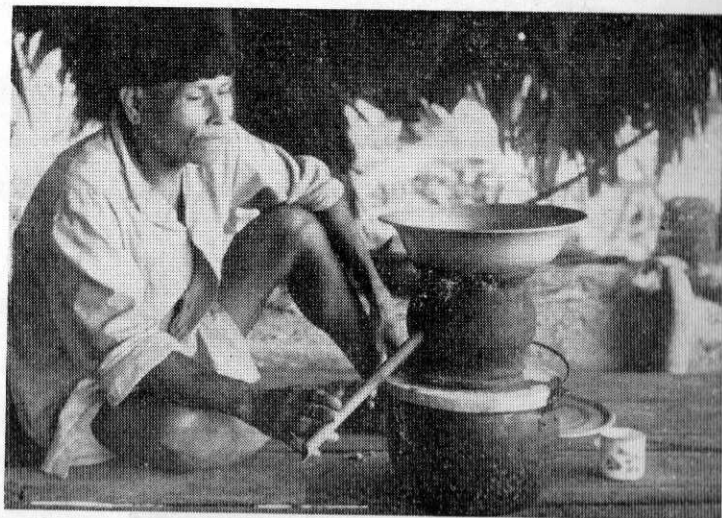


9

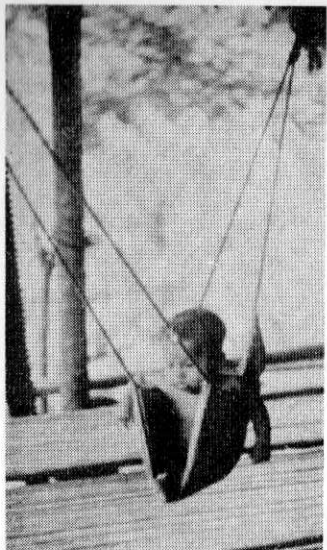
10



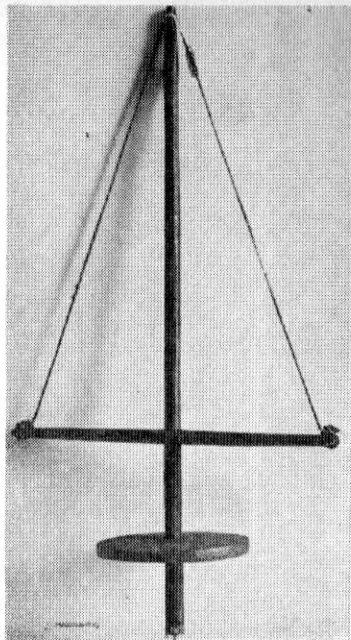
12



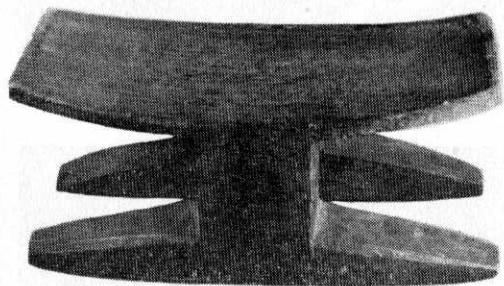
11



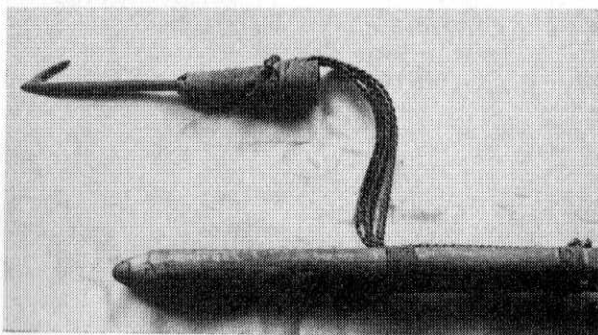
13



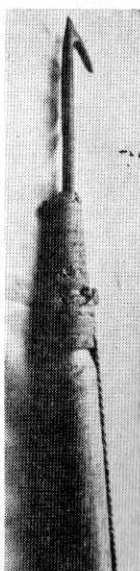
14



15



16



17



18



19



20



21



22



23



24



25



26



27